

## El *Diario* de Federico Gamboa

ADRIANA SANDOVAL

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

---

RESUMEN: En este artículo se explora la relación del *Diario* de Federico Gamboa con otros textos similares. Se hace un recorrido de lo más sobresaliente de la carrera del diplomático, vista desde sus ojos. Se menciona la relación entre el novelista y Porfirio Díaz, sus lecturas, la importancia de algunos aniversarios, sus numerosos viajes. Los diarios y las memorias muchas veces ocultan más de lo que dicen.

ABSTRACT: In this article the relation of the *Diario* of Federico Gamboa is explored with other similar texts. A review is made of the most outstanding points of his diplomatic career, seen through his own eyes. The relationship between the novelist and Porfirio Díaz is mentioned, his speeches, the importance of certain anniversaries, his numerous trips. Diaries and memoirs often hide much of what they are saying.

PALABRAS CLAVE: autobiografía, diarios, diplomacia, México porfiriano.

KEY WORDS: autobiography, diaries, diplomacy, Porfirian Mexico.

---

Los géneros de los diarios, las memorias y las autobiografías no han sido tan frecuentados en América Latina —y en particular en México—, como en Inglaterra o Francia. Entre los contados que se han publicado están los de Juan de Dios Peza, Antonio García Cubas, Victoriano Salado Álvarez, José Juan Tablada, Nemesio García Naranjo... Posiblemente debido a la lectura del *Journal* de los hermanos Goncourt, Federico Gamboa concibió la idea de escribir y publicar un diario, unas memorias, desde una edad relativamente joven —antes de cumplir los treinta—. De hecho, su segundo libro, *Impresiones y recuerdos* (1893) es ya un avance en este tipo de escritos, una forma de autobiografía (siempre parcial, siempre incompleta, siempre subjetiva, como todas las autobiografías) que publicará luego en forma de volúmenes. Eusebio Gómez de la Puente, su editor y amigo durante años, fue el encargado de estos libros, que salieron en 1908, 1910, 1920, 1934 y 1938 —luego en coedición con Botas—. La edición de Conaculta en 1995 reúne dos textos más, a partir de los artículos publicados en *Excelsior* entre 1912-1919 (vi) y 1920-1939 (vii). En el volumen vi hay un hueco: los meses de

agosto de 1913 a marzo de 1914, precisamente la época en que Gamboa ocupa la cancillería (11 de agosto-24 de septiembre) en el gobierno de Huerta, y renuncia poco después para asumir la candidatura del Partido Católico a la presidencia.<sup>1</sup> Falta también mucho de 1920 y todo 1924. A pesar de tales interrupciones, el *Diario* abarca la friolera de 47 años.

El subtítulo de la serie completa y de cada uno de los siete volúmenes de *Mi diario* no es preciso: "Mucho de mi vida y algo de la de otros". Gamboa habla más de sus acciones y menos de su intimidad. ¿Qué tanto de su vida privada podía revelar, si la intención desde el inicio era publicar los textos a medida que los iba escribiendo? Hay entradas un tanto crípticas, en los dos o tres primeros volúmenes, sin claves para descifrarlas.<sup>2</sup> Gamboa escribe algunas líneas sobre asuntos muy personales, pero soslayados. Podría no decir nada, pero opta por decir muy poco.<sup>3</sup> Habría tal vez una intención deliberada de suscitar la curiosidad de los lectores, de construir una apariencia misteriosa. Quiere decir, pero no dice, sólo sugiere.<sup>4</sup> Anoto un par de ejemplos: un duelo, en el que pudo haber participado y del que no da más información;<sup>5</sup> su boda, un día menciona abruptamente que se casará, sin haber escrito una sola línea previa sobre la novia.<sup>6</sup> Todo indicaría que se casó porque es lo que ha-

<sup>1</sup> En la edición de Conaculta se incluye una carta de Miguel Gamboa, hijo único de Federico, en la que menciona que el volumen correspondiente a ese año se 'extravió'. El que haya sido precisamente *ese* año el perdido se presta a suspicacias, y sólo se puede especular si el propio Gamboa lo 'extravió' o si fue su hijo, o si, en efecto, sucedió como afirma la carta (vi: 182).

<sup>2</sup> Un ejemplo, el 14 de octubre de 1892 escribe: "Mal momento en el que [se] me ha ocurrido leer a Enrique Heine, cuando estoy que aúllo por mi conflicto sentimental..." (i: 48). Otro, el 26 de julio de 1893 recibe una carta "que me arrebató una ilusión más de las poquísimas que me restan para mis días viejos" (i: 88).

<sup>3</sup> Por ello, no estoy de acuerdo con Carreño, quien en el volumen de *Homenaje a Federico Gamboa* opina que el diario fue para el escritor lo mismo que para los hermanos Goncourt: "el confidente de su pensamiento" (1940: 39). Hay que matizar esta afirmación. Fernández MacGregor, en cambio, es más ponderado cuando escribe que Gamboa "era poco dado a la introspección" (80).

<sup>4</sup> De hecho, es una actitud similar a la que despliega en *Santa*: no describe abiertamente lo sexual, sino a través de velos, que sensualizan mucho más las escenas.

<sup>5</sup> 30 de octubre: "En un funeral encuéntrome con la persona que debió haberse batido conmigo, a quererlo" (i: 49).

<sup>6</sup> La entrada del 11 de octubre de 1897 reza: "Como dos que de veras se quieren, nos hemos despedido, entre besos y lágrimas, y cuando el tren se hundió en el glorioso horizonte de la mañana que sonreía, palpé que había yo perdido algo muy grande y muy hermoso, que no se recobraré nunca: ¡mi juventud!" (ii: 36). Nótese el ego; él pierde su

bía que hacer y tal vez porque no se podía casar con la mujer de la que acababa de despedirse.<sup>7</sup> Durante los primeros años de su matrimonio su esposa es casi invisible, pocas veces usa el plural para incluirla. Sin embargo, a medida que avanza la vida en común parece desarrollar una cierta ternura hacia ella. A partir del exilio —sin duda por la solidaridad de la familia, de la pareja, ante el mundo adverso—, los vínculos entre ellos se hacen más intensos, más cercanos. La enfermedad de su mujer los incrementa. Ya de vuelta en México Gamboa dedica a su esposa las líneas más cariñosas de todo el diario.<sup>8</sup> A los cuatro meses de esa fecha muere su mujer, pero no hay entrada para ese día ni el siguiente. El día 9 de enero simplemente dice que extraña “los dulces ojos de mi muerta” (VII: 10), y el 14 del mismo mes comenta que ha repartido entre las sobrinas las alhajas “de su muerta” (VII: 11).<sup>9</sup> Recuerda, con frecuencia, los aniversarios de boda —aunque su mujer ya no esté viva o tal vez precisamente por ello—, y los luctuosos. Cada fin de año, asimismo, acude a dar gracias a cualquier iglesia de la ciudad en la que se encuentre.

En cambio, el amor hacia su hijo fue uno de los más intensos y significativos en su vida. Miguel tuvo una infancia y adolescencia enfermiza, que el padre consigna siempre consternado e incluso angustiado.<sup>10</sup> Se refiere a él, de manera afectuosa, como “mi muchacho”. En un paralelo con su propia vida, alude de pronto al matrimonio de su hijo, sin siquie-

---

juventud, no a una mujer a la que supuestamente ha amado. Casi dos meses más tarde, el 8 de diciembre, asienta: “Hoy me presenté en el registro civil para contraer matrimonio, y el mes entrante seré un hombre casado” (II: 36). De nuevo, nada del inicio de una vida en común, de la mujer con la que se casará, todo en singular.

<sup>7</sup> No asombra que Gamboa participe de una actitud generalizada hacia las mujeres en su época, caracterizada por una separación tajante entre las esposas y las amantes (ver cita en I: 30). Cuando durante un viaje a Guatemala contratan a una nodriza para su hijo, habla de “una vaca joven” (III: 49).

<sup>8</sup> La entrada del día 19 de octubre dice: “Junto a mi pobrecita enferma, me abandono a la dulce idea que se curará, y la contagio de mi amante optimismo; muchos instantes, en la media luz de la estancia, nos las [sic] pasamos cogidos de la mano, ella encamada, yo al borde de su lecho, los dos pensando en lo que nos hemos querido, y en lo que aún tenemos que seguir queriéndonos...” (VI: 635).

<sup>9</sup> Hay inconsistencias en las fechas: en los años siguientes, efectivamente, Gamboa recuerda la muerte de su esposa el día 23 de enero —como indica la nota del editor—. Parecería, más bien, que las fechas de las entradas aquí citadas no son las correctas.

<sup>10</sup> Antes de volver a México como canciller, Gamboa somete a su hijo a un examen médico. El doctor le dice que su hijo tiene un soplo en el corazón. La preocupación es tal que escribe: “la salud de mi muchacho, ¡que es el culto y objeto de mi vida!” (VI: 111).

ra mencionar el nombre de su nuera. Mientras que en Cuba Gamboa detalla los distintos empleos por los que pasa su hijo, al volver a México habla de sus ocupaciones casi de pasada. Poco tiempo después, Miguel ya está viviendo con su padre y la información sobre él es mínima.<sup>11</sup>

La mayor parte de los llamados diarios rara vez lo son (escritos diariamente). Casi la totalidad de los examinados por Lejeune y Bogaert han sufrido interrupciones. El caso de Federico Gamboa no es la excepción. Durante los primeros años hay una mayor asiduidad; en los últimos (de 1920 a 1939) las entradas se van espaciando y acortando. Sin embargo, casi siempre registra los aniversarios de algunas fechas señeras: su cumpleaños el 22 de diciembre, el de su hijo, el inicio de su diario (4 de mayo) —aunque no en los últimos años de su vida—. Durante el exilio y, más tarde, ya muerta su esposa —como mencioné—, recuerda el aniversario de la boda y el de su deceso. Los otros son los de la muerte de sus padres.<sup>12</sup> En otro orden, también lamenta, a su vuelta del destierro, casi cada 2 de abril, que se haya dejado de celebrar el aniversario de la victoria de la batalla de Puebla, a cargo de Díaz. En 1932 se asombra de que se vuelva a recordar oficialmente la fecha (VII: 272). Cada año, a partir de 1916, asiste el día 2 de julio (primero en Cuba), a una misa para conmemorar la muerte del Caudillo; y ya en México, a la Profesa con el mismo fin. Casi cada año, también, se queja de la celebración del Día del trabajo, 1º de mayo, que paradójicamente es, anota, de holganza.

Los diarios de los funcionarios públicos revisten interés histórico, diagonalmente documental, en la medida en que participan de los eventos de algún país, sobre todo en tiempos de crisis. En estos casos suele darse una intersección interesante entre las vidas públicas y privadas, y la historia de los países —que es la vida de las naciones—. En la carrera diplomática de Gamboa sobresalen un par de episodios en los que sí se explaya, por haber sido él uno de los principales protagonistas, y por tratarse de cuestiones en las que tuvo un desempeño del cual se sentía orgulloso.<sup>13</sup> Los dos involucran relaciones con Estados Unidos, y en la

---

<sup>11</sup> Una respuesta a estas omisiones fue detectada por Serge Zaïtzeff en una carta de Genaro Estrada a Alfonso Reyes: "Miguelito salió un poco calavera y emprendió algunos negocios no exitosos con el apoyo de su padre" (*Con leal franqueza*, III: 79).

<sup>12</sup> Gamboa advierte que no hablará del dolor que le produjo la muerte de su padre: "esa clase de dolores se prostituyen cuando se hacen del dominio público" (III: 30).

<sup>13</sup> Para su labor en Guatemala, véase el excelente y documentado libro de Harim

narración de Gamboa se otorga un papel central, es claro, a un par de respuestas suyas un tanto teatrales y eficientes.<sup>14</sup>

La relación del diplomático con los Estados Unidos fue larga y conflictiva, crecientemente tensa. Vivió en Nueva York de adolescente (a los 16 años), durante un año, con su padre y hermana. Regresó a Estados Unidos, ya casado y con un hijo, como primer secretario de la embajada. No fue ésa una etapa feliz. Habla de ella como un exilio:<sup>15</sup> no aprecia muchos aspectos de la vida estadounidense, le deprime la soledad de los domingos, extraña México. Da la impresión de aburrirse.<sup>16</sup> En esa época establece una relación laboral y, poco a poco, de amistad, con el embajador Manuel de Azpiroz —originalmente opuesto a la designación de Gamboa—, quien le cuenta sus experiencias durante la intervención francesa (iii). El embajador participó en el grupo que llegó a Querétaro para apresar a Maximiliano; Escobedo le encomendó fungir como fiscal en el juicio en contra del austriaco. Azpiroz intentó eludir el difícil encargo, pero terminó aceptándolo. Sin embargo, somatizó (diríamos ahora) a tal grado el rechazo a la encomienda, que no fue capaz de llevarla a cabo por una súbita enfermedad (“fiebre cerebral”) que lo postró en cama. Su relato, a través de Gamboa, es atractivo. El viejo diplomático muere después de una enfermedad y toca a don Federico ocuparse de las exequias, del traslado del cuerpo a México y, temporalmente, de la embajada.

Durante esa estancia Gamboa escribe una y otra vez, con indignación, sobre las noticias periodísticas (algunas de ellas transcritas) en tor-

---

B. Gutiérrez, *En el país de la tristeza*, donde se da cuenta pormenorizada de los aciertos y desaciertos del desempeño de Gamboa en Centroamérica, durante sus dos estancias.

<sup>14</sup> 1) Leslie Combs advierte a Gamboa, a bordo del barco *Marblehead*, que la propuesta de exclusión de una cláusula por parte del diplomático no será del agrado de Roosevelt, a lo que el mexicano contesta que él no responde al gobierno de Estados Unidos sino al de México. 2) Henry Lane Wilson advierte a Gamboa que Estados Unidos se reserva el derecho de hundir el barco mexicano que lleva al depuesto presidente de Nicaragua, Zelaya, a lo que el diplomático contesta que “el barco mexicano lleva el derecho y el estadounidense la fuerza”.

<sup>15</sup> Tampoco en Guatemala se sentía del todo a gusto: “prolongado destierro guatemalteco” (iii: 75, 12 de enero de 1902). Desde joven, es claro, deseaba vivir en Europa.

<sup>16</sup> El diplomático, además, estaba en ‘observación’ por el escándalo en su contra promovido por Estrada Cabrera. Gamboa decidió portarse bien: de ahí tal vez su aburrimiento. Poco antes de partir hacia Washington, el escritor comulga por primera vez en 24 años. A partir de ahí tendrá una práctica religiosa constante.

no a la manera en que no sólo se maltrata, sino se mata a los negros en el sur de Estados Unidos: los linchamientos, las golpizas —al amparo de la ley de los estados sureños—. El tema sigue reapareciendo en volúmenes posteriores, aunque no con la misma frecuencia que cuando vivía en aquel país. Otra preocupación recurrente de Gamboa con respecto al país norteamericano se refiere, fundadamente, a sus anhelos siempre anexionistas, a su deseo constante de incidir en la política de los países al sur del continente de los que se han intentado apropiarse o controlar. Durante su estancia en Washington se indigna, con razón, ante el comunicado oficial del Departamento de Estado en el que se pide que a partir de esa fecha (22 de mayo de 1904) se escriba '*América*' en lugar de *United States of America*, y que implica una apropiación de un nombre que pertenece a todos los habitantes del continente (III: 245).

Su antiyanquismo era conocido, tanto en México como en Estados Unidos. El inicio de su exilio transcurre en Galveston y San Antonio; pero pronto recibe la visita de un enviado del presidente Wilson, donde se le informa que no es bienvenido en el país (Mac Gregor 52). Por ello, parte a Cuba, donde permanecerá el resto del exilio.

Los diarios funcionan muchas veces como un lugar en el que los escritores ensayan ejercicios de cuentos, novelas, viñetas, artículos y crónicas. Aunque en el diario, Gamboa no parece vincular de manera explícita lo que escribe con sus novelas, sí incluye algunos pasajes que, de hecho, publicó luego de manera independiente, como el de los gorrones en Washington o su visita a Mount Vernon —la casa del primer presidente estadounidense.

Muchos escritores siguen en sus diarios el desarrollo de las novelas, cuentos, etc., o el género al que se dediquen, o expresan sus ideas en torno a la literatura. (En cuanto a lo segundo, hay más en *Impresiones y recuerdos* que en el *Diario*.) Gamboa escribe más bien sobre las cuestiones aledañas a sus novelas: refiere sucintamente cuándo inicia alguna novela, cuándo termina algún capítulo, cuándo da fin a algún texto —a la manera de los hermanos Goncourt—. Indica cuándo las envía a editores, amigos, etcétera. Escribe asimismo sobre algunas de sus gestiones de publicación, los contratos. Con precisión balzaciana, asienta lo que se le paga por alguna función de teatro, por algún artículo, o como regalías. Sólo al principio menciona el trabajo que le costó escribir muchos capítulos de *Apariencias* (I: 23); ya no hace ese tipo de comentarios respecto de las subsecuentes —salvo una breve referencia a su

último escrito de ficción, *El evangelista* (1922)—.<sup>17</sup> Ya por ahí de 1914, Gamboa escribe también sobre sus vínculos con el cine y las dos adaptaciones de *Santa* que tuvo ocasión de ver, al igual que una de *Suprema ley*. Con cierta frecuencia asienta los libros que lee, pero no los anota todos. Pocas veces los comenta; las más, no. En cualquier caso, asombra que no se explye sobre sus lecturas, salvo ocasionalmente. Sin ánimo alguno de exhaustividad, anoto algunas de sus opiniones: en 1893 lee el primer volumen de las *Memorias* de Casanova y no cree poder seguir con la lectura (I: 91). En 1896 uno de sus libros favoritos es *Mensonges* de Paul Bourget (I: 178). No le gustan las *Memorias* de Goethe (“un enorme egoísta y un escritor poco sincero” II: 68); los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós le parecen “descuidados” (II: 77). *Bouvard et Pécuchet* lo decepciona (II: 93).<sup>18</sup> Si bien admira a Zola, no le gusta *La vérité*, donde el “sectario” ahogó al “artista” (6 abr. 1903, III: 152). Durante su estancia en Washington (1903) lee a Poe y Whitman con la idea de escribir algo sobre ellos, e incluso visita los sitios vinculados con ellos (Baltimore, Camden). Le parece “inmerecida” la fama de Thackeray (II: 12). La *Salomé* de Wilde le parece “abominable y delirante” (V: 95). En 1912 (12 oct.) escribe que por primera vez en su vida ha destruido dos libros: *Huerto agnóstico* y *Ritmo de la vida* de Vargas Vila. En noviembre del mismo año lee los *Cuentos* de Bocaccio que le parecen “cansados”, “sosos” o “indecentes” (VI: 46). En cambio, encuentra la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* “sabrosa, regocijada e instructiva” (VI: 69). Mark Twain le parece que “siempre ha sido exageradamente alabado” (2 abr. 1915, VI: 242).

Un aspecto de mucho interés para los escritores en activo es la aparición de críticas, ya sean positivas o negativas. Gamboa refiere, obviamente con placer, la publicación de las positivas. Transcribe algunas. Practicante de la antigua costumbre de llevar un libro de autógrafos —en los que su dueño pedía un pensamiento a las personas notables

<sup>17</sup> 15 de mayo: “He comenzado el cuento destinado a *Pictorial Review*, de Nueva York; se llamará “El evangelista”, y es un viejo argumento arrumbado en el archivo de mi memoria, que tanto puede dar una novela corta como una larga, un drama o una película” (VII: 24).

<sup>18</sup> Este comentario es sorprendente, pues Gamboa y Ángel de Campo publicaron en *El Mundo* una columna, “Siluetas que pasan” (1899), que firmaban precisamente como Bouvard o como Pécuchet. La entrada referida del *Diario* tiene todo el sello de ser una primera lectura del libro.

que conocía—, copia en el *Diario* aquellos que le complacen más. Seguro de su escritura, achaca una mala nota (durante la primera etapa: entre 1892 y 1896) a la falta de interés por la literatura en América Latina. Ya en el ostracismo político, se explica algunos de los malos comentarios por inquinas políticas o envidias. Algo hay, pues, del género griego *enkomion* de los romanos, que luego llevó a las memorias con fines igualmente auto-laudatorios.

Como cualquier escritor y como cualquier autobiógrafo, Gamboa tenía un gran ego. Se daba cuenta de que muchos de los buenos tratos, de las distinciones que recibía eran parte de los puestos diplomáticos pero, como también era humano, confiesa que le es fácil ceder a las adulaciones y creer que los honores son totalmente merecidos. Esta oscilación entre percatarse de que no todos los honores que recibe se originan en merecimientos estrictamente propios y considerar que es evidente que se los otorgan, explica también, en parte, que haya aceptado la cancillería de manos de un golpista, de una persona que le inspiraba desconfianza.<sup>19</sup> En el trayecto hacia la ciudad de México, a ocupar la secretaría, a la altura de la Villa, la enorme cantidad de gente para recibirlo le suscita la siguiente inquietud: “Experimento una honda ansiedad. Soy de barro y muy sensible al halago” (vi: 130).

Su relación con Porfirio Díaz ocupa un lugar privilegiado en el diario. En los tres primeros volúmenes habla de él simplemente como ‘el presidente’, a veces como el ‘caudillo’. Más adelante ya lo menciona por su nombre. La primera vez que lo visita es en compañía de don Ignacio Mariscal.<sup>20</sup> Díaz era el hombre fuerte que había logrado pacificar al país después de numerosas luchas intestinas que lo flagelaron durante gran parte del siglo XIX; para el Gamboa adolescente, además, era el hombre que había ordenado enterrar al general Manuel Gamboa con honores militares —herido en la batalla de la Angostura contra la intervención estadounidense, pero también empleado del gobierno de Maximiliano.

<sup>19</sup> Carreño intenta justificar a su colega académico: “Asumió el cargo, mezclándose por primera vez en la política ¡y en qué política! ¿Qué lo impulsó a hacerlo? Tal vez que aquel Gobierno fue reconocido por todos los del mundo, excepto por el de Estados Unidos. Quizá lo creyó capaz de encausar a México hacia la paz [...]” (1940: 100).

<sup>20</sup> Antes de leer la siguiente cita, hay que recordar que el niño Federico de once años vio al general Díaz entrar a la capital, victorioso, luego del Plan de Tuxtepec: “Ya no es el mismo que yo conocí de vista, desaliñado, con aspecto de guerrero, de soldado veterano y peleador; éste es un caballero correctísimo, a la inglesa su pergeño y modales, muy afeitado, muy serio, irreprochable” (i: 131).

Al margen de un jalón de orejas ocasional, Gamboa contó siempre con el apoyo tanto de Díaz como de Ignacio Mariscal. Ni el canciller ni su protegido eran afines al grupo de los científicos. De hecho, cuando obtiene el cargo de subsecretario, el propio escritor le preguntó a Díaz si tenía que afiliarse a ése u otro grupo. Este mismo grupo intentó deponer a Gamboa durante un viaje de éste a Europa (v: 64).<sup>21</sup> Las maledicencias logran su cometido durante algunas semanas, en las que el diplomático vuelve a ocupar su puesto de diputado: casi todos los funcionarios del porfiriato ocupaban de manera simultánea una curul, por entidades en las que muchas veces no se habían parado nunca. El escritor debe a su protector y a la buena voluntad del presidente el haber salido airoso de los dos lances. Hay que recordar, también, que los dos personajes intervinieron favorablemente en el inicio mismo de la carrera diplomática de Gamboa: el entonces novel escritor acababa de presentar y aprobar el examen correspondiente para ingresar al servicio exterior. Estaba vacante un puesto de tercer secretario en la legación mexicana en Guatemala, que se le había asignado. El gobernador de Oaxaca, sin embargo, quería el puesto para un recomendado suyo. Ante la disyuntiva, se dice que Díaz sentenció: "que se cumpla la ley", favoreciendo así a Gamboa (Carreño 1940: 11). Los mismos dos personajes aceptaron la versión que el escritor dio frente a las hablillas malévolas del entonces presidente de Guatemala, Manuel Estrada Cabrera, quien hizo correr el rumor de que el mexicano había acudido a altas horas de la noche a pedirle una copa.<sup>22</sup> El novelista aclaró el asunto con Mariscal, su jefe inmediato, quien, a su vez, apoyó al escritor frente a Porfirio Díaz. Llama la atención el respaldo del canciller, dado que seguramente estaba al tanto de la fama de parrandero de Gamboa antes y después de su matrimonio, desde su puesto como jefe interino de sección en la misma secretaría (1896) —al que llegó posiblemente por la intercesión de su hermano José María—. Durante su estancia en Washington Gamboa se propone hacer buena letra, después de la admonición del presidente en el sentido de que se le iba a tener bajo observación. Su flamante recato

---

<sup>21</sup> El mencionado trabajo no aparece mucho en el diario; está, eso sí en detalle, una estancia de al menos un mes en Alemania, en una cura, muy en boga en esa época, de hidroterapia.

<sup>22</sup> Fernández MacGregor tiene una versión de lo sucedido (1940: 88). (Véase sobre todo el libro de Gutiérrez.)

y mesura serán premiados con un ascenso al siguiente escalón, aunque ubicado de nuevo en Guatemala.

El retrato que el novelista pinta de Díaz es el de una suerte de esfinge impenetrable e imperturbable, siempre en control de sí mismo.<sup>23</sup> A medida que va ascendiendo en la escala de cargos públicos, su relación con Díaz se va haciendo más cercana —tanto en términos laborales como políticos—. Durante los años de 1908 (III: 154, III: 169), 1909<sup>24</sup> y, sobre todo, 1910, es patente la necesidad que siente de alabar la gestión del presidente, de apoyarlo, de admirarlo. Algunas veces intenta matizar las alabanzas, diciendo que es claro que se han cometido errores, aunque no los detalla.<sup>25</sup> Sin embargo, 1910 es uno de los años en el que asienta la mayor cantidad de dudas y presentimientos en torno al futuro de México.<sup>26</sup> El 16 de noviembre anota, movido más por el deseo de que lo escrito sea cierto para reconfortarse a sí mismo que convencido de sus propias palabras: “todo el mundo descansa en la solidez del gobierno y ni los pesimistas piensan que la naciente revuelta lo eche por tierra” (v: 137).

Me llamó la atención un incidente ocurrido durante los festejos del Centenario de la Independencia —organizados en gran medida por Gamboa, dado su lugar como secretario interino de la Secretaría de Relaciones Exteriores luego de la muerte de Mariscal—. Gamboa junto al embajador especial de Alemania, Bünz, observan frente al portal de Mercaderes a algunos seguidores de Madero, que ostentan su retrato. El alemán pregunta quiénes son y Gamboa miente flagrantemente (v: 128): son partidarios de Díaz que muestran el retrato del presidente en

---

<sup>23</sup> Dos de varios ejemplos: 4 de enero de 1901: “El general, serio siempre, sin sonrisas, sin inclinaciones de su cuerpo alto y fuerte, su rostro, que nunca lo traiciona, en el que nadie puede descubrir cuándo está contento y cuándo disgustado, perpetuamente enigmático” (III: 12-13). 2 de abril de 1910: “El general Díaz, en su perpetuo papel de esfinge, no acusa signo ninguno en su semblante ni en sus parcos ademanes y sus palabras tardas y roncadas. Es el símbolo del autodomínio” (v: 101).

<sup>24</sup> El 17 de junio de 1909 reflexiona que tal vez Díaz debió de morir diez años atrás, en pleno poder y gloria (v: 29).

<sup>25</sup> “¡Vaya si el caudillo se tiene de sobra ganadas las mayores alabanzas, no obstante algunos yerros inevitables que pudieran señalársele! Hay que ver que no es semidiós ni demiurgo, sino criatura de carne y hueso, aunque criatura excepcional” (v: 118). Da, quita, pero vuelve a dar.

<sup>26</sup> Uno de varios ejemplos: el 1 de octubre de 1910 “tuv[o] la aprensión de que algo grave se aproximaba” (v: 128).

su juventud. Al día siguiente Gamboa relata el incidente al propio caudillo, quien no mueve un músculo de la cara durante el relato. El resto del gabinete muestra una patente incomodidad ante la participación de Gamboa, e incluso alguien llega a jalarle la levita: nadie había comentado al presidente la presencia de estos opositores al régimen durante los festejos.<sup>27</sup>

Después de las fiestas del Centenario, la designación de Enrique Creel como nuevo canciller no favoreció a Gamboa. Es posible especular que albergaba la esperanza de ser nombrado él de manera definitiva (era interino) —aunque no lo dice—. Consultado por Díaz al respecto, el escritor se inclina por Joaquín D. Casasús. Ya en la secretaría, Creel intenta enviar al escritor a Noruega; éste se niega. Gamboa se pone sus moños y pide Bélgica, con la partida en enero de 1911 —no en diciembre, como se le solicitó. Pese a que se sale con la suya, siente tristeza “por la próxima y forzada expatriación, indefinida e inevitable” (v: 134). Sin embargo, este viaje probablemente sea el más placentero de todos. La primera encomienda, como embajador especial, es en España, para agradecer el envío de su delegación a las fiestas del centenario; y luego como ministro plenipotenciario a Bélgica y los Países Bajos. Esa etapa es una de las más plenas para el escritor: conoce y trata a la realeza de todos estos países, es objeto de diversas distinciones y honores, vive en Europa y no vive mal. Mientras tanto, en México, la Revolución que se venía gestando desde hacía largo tiempo se generaliza, y el dictador que parecía eterno e inamovible renuncia y parte hacia Europa el 31 de mayo de 1911. Pese a que de hecho Gamboa ya representaba al gobierno revolucionario de Madero, no dudó un segundo en ir al puerto de El Havre a recibir al recién depuesto presidente. Instalado el caudillo en París, Gamboa lo visita con la frecuencia que le es posible. Ya nombrado secretario de relaciones exteriores por Victoriano Huerta, el diplomático se despide de Díaz (15 de julio), en un momento emotivo para él. A don Porfirio, curiosamente, “no le disgusta Huerta, en términos generales” (vi: 114).

A lo largo de su vida Gamboa fue un lector consuetudinario. Entre algunas de las lecturas de diarios de otros escritores, están las *Memorias* de Tolstoi, que lee en 1893; las *Confesiones* de San Agustín; obviamente

---

<sup>27</sup> “No se interrumpió la característica impasibilidad, mudo y grave escuchó mi relato trunco, porque las demás personas me comían con sus ojos airados y alguien tiró los faldones de mi uniforme” (v: 129).

el diario de los Goncourt en 1895.<sup>28</sup> El escritor, seguramente siguiendo a los hermanos, quienes publicaron primero extractos de su famoso diario bajo el título de *Idées et sensations* (1866), dio a la luz *Impresiones y recuerdos*<sup>29</sup> —según mi opinión, posiblemente lo mejor que haya escrito el mexicano—. También gustaba de leer la correspondencia publicada de varios autores (Flaubert, Taine, Heine, Nerval). Otro diario que leyó fue el de Henri Frederic Amiel, que le pareció “desgarrador y apasionante” (26 ago. 1909, v: 56). En 1910 lee las *Confesiones*, que le parecen “formidables y desvergonzadas”, del “pésimo filósofo, pernicioso ideólogo y exquisito maestro escritor que se llamó Juan Jacobo Rousseau” (1 oct. 1910, v: 126).

Los destinatarios de los diarios están a veces explicitados, otras no. Gamboa inicia su diario dedicándolo a su hijo, pero de manera muy ocasional, no más de tres veces, se dirige a él. En este sentido, el diario de Gamboa podría inscribirse en la línea de escritos, desde la época de los griegos, según escribe Bajtín, en los que la intención era hablar del linaje de la familia, de sus acciones, de conservar las tradiciones (1978: 285). Otras veces se dirige de manera directa a un ‘ustedes’ en plural, que somos todos sus lectores.

Muchos diaristas afirman decir la verdad. Como cualquier narrador, Gamboa intenta convencer y persuadir a sus lectores de la veracidad y verosimilitud de su palabra. El 7 de agosto de 1926 escribe: “Revisé, en la tarde, tomos atrasados e inéditos de *Mi diario*. Ratifico cuanto de malo dejo en ellos. Hay que decir la verdad, aunque duela mucho a los demás

---

<sup>28</sup> En 1887 Edmond, el hermano sobreviviente, publica el primer volumen del *Diario*, con Charpentier. Ese mismo año saldrá el segundo y al siguiente el tercero. En 1890 el cuarto y al año siguiente el quinto. En 1892 el sexto; dos años después el séptimo. En 1895 el octavo y el año de la muerte de Edmond (1896) se publica el último, el noveno. Parte del *Journal* permaneció inédita, por voluntad expresa de Edmond, quien especificó que la totalidad se publicara veinte años después de su muerte. Por azares del destino y las dos guerras mundiales, el *Journal* completo se publicó hasta 1956. La influencia de este género se extendió rápidamente, tanto entre sus contemporáneos franceses, como Jules Renard, Barres, Claudel, Rolland o Valery Larbaud (Prefacio al *Journal* xi), o entre los hispanoamericanos como Gamboa. Los Goncourt ciertamente no fueron los primeros en llevar diarios, pero sí los que le dieron cierta popularidad y prestigio entre los literatos.

<sup>29</sup> Álvaro Uribe (1999: 31) menciona como antecedentes mexicanos *Impresiones y sentimientos* (1859) de Juan Díaz Covarrubias, y de Pedro Castera, *Impresiones y recuerdos* (1882).

[...]" (VII: 173). Edmond Goncourt, recordemos, escribe al principio del tomo VI del suyo: "En un Diario, como el que aquí publico, la verdad absoluta sobre hombres y mujeres encontrados a lo largo de mi vida, se compone de una verdad agradable —a la que se quiere bien, pero siempre atemperada por una verdad desagradable— de lo que no se quiere absolutamente nada".<sup>30</sup> Por lo que decide publicar solamente la primera verdad y dejar la segunda para la versión completa del diario, 20 años después de su muerte.

¿Para qué se escribe un diario? ¿Para qué se publica? Con respecto a la segunda pregunta, y en el caso específico de los hombres públicos, no es raro que este tipo de escritos sirvan a modo de explicación, un intento de justificación de acciones que algunos hayan juzgado como errores, como equivocaciones. Gamboa no es la excepción. Es clara su intención justificatoria en el volumen VI, cuando decide aceptar la cartera de la Secretaría de Relaciones Exteriores que le encarga Victoriano Huerta, pese a que en las entradas previas del diario el personaje no le inspira ninguna confianza.<sup>31</sup> Duda unos momentos, pero finalmente cede. Vale leer la cita completa:

¿Por qué me llaman a mí que me hallo tan lejos? ¿Quién se fijó en mi individuo?... ¿Qué será de mi gestión? ¿Qué impresión física me producirá Huerta? ¿Tómome que reclamen mi colaboración para el último acto del drama nacional! Y, en mis adentros, sigo condenando la génesis del actual gobierno nuestro, en cuya dirección me cuelan sin haberme consultado siguiera...

<sup>30</sup> "Dans un *Journal*, comme celui que je publie, la vérité absolue sur les hommes et les femmes, rencontrés le long de mon existence, se compose d'une vérité agréable —dont on veut bien; mais presque toujours tempérée par une vérité désagréable— dont on ne veut absolument pas".

<sup>31</sup> El 22 de febrero: "Ni un poquito me gusta, aunque en las circunstancias actuales y, con tal de que sea por brevísimo tiempo, pase don Victoriano Huerta, ¡y que Dios lo ilumine!" (VI: 66). Y unas líneas más adelante: "La figura de Victoriano Huerta, en tanto no se presenten pruebas concluyentes en contrario, ¡es negra, bastante negra!" (VI: 67). El 24 de febrero: "¡Nada, nada me gusta este señor Huerta!" (VI: 68). El 25 de marzo, al comentar el asesinato de Madero y Pino Suárez escribe: "El gobierno de Madero no pudo haber ido peor; pero la traición que lo echó abajo es incalificable y negra. Huerta es un culpable, y Blanquet lo es un poco menos" (VI: 79). El 4 de mayo: "Resultantemente el señor Huerta no resulta, aunque lo abone Pancho de la Barra. ¡Que no!" (VI: 86). El 31 de mayo: "Sigue Victoriano Huerta poniendo al descubierto sus negruras" (VI: 90).

Por momentos, vacilo entre acudir o no acudir al urgente llamado... Y en cuanto me resuelvo a aceptar, hay en mi aceptación un poco de todo: culto a México; anhelo de contribuir a su alivio; mucho de vanidad por lo altísimo del puesto, codiciado mentalmente de años atrás; júbilo por el regreso, en tan buenas condiciones particularmente. Hay de todo, de lo alto, de lo mediano y de lo bajo (VI: 110).

A partir de ese momento el diario adquiere otra velocidad. Varios días después, ha tenido que redondear las razones que se da a sí mismo (y a los lectores) para aceptar la secretaría. Siente la necesidad de resumirlas, una vez más:

Y repaso y rumio, a solas, los imperativos porqués de mi aceptación: 1º. Conforme a la ley, y supuesto que no renuncié al empleo de ministro en Bélgica y los Países Bajos, en señal de inconformidad o censura, no puedo rechazar el ascenso a embajador, que con la cartera de Relaciones Exteriores me corresponde en derecho, ni menos rehuir el honor que con tamaña prueba de confianza se me confiere. 2º. Si en circunstancias normales debe uno prestar sus servicios donde se los reclaman, en circunstancias anormales, como las que México está atravesando, no habría excusa ni pretexto que justificaran una negativa de la parte de un funcionario público, no digo yo en mi caso, que se me llama a funciones propias de mi oficio, de gendarme que se me necesitara, habría que ir; pues lo mismo tras de un gobierno malo, que de un gobierno bueno, se encuentra la Patria, y a ésta nada hay que negarle. 3º. Razón de conveniencia personal: no es fácil realizar un regreso en las condiciones que voy realizando éste, con un ascenso que creo, sin vanidad, merecer (VI: 118).

Ya en territorio mexicano, a medida que va recorriendo el país hasta llegar a la capital, recibe una multiplicación de felicitaciones, es objeto de festejos, de encuentros, de celebraciones.

En el *Diario* faltan algunos meses fundamentales, como ya mencioné. Cuando se reanuda el texto, estamos ya en abril de 1914 en el volumen VI. Para esa fecha Gamboa se encuentra en una posición muy incómoda: su candidatura presidencial no prosperó, ya no es funcionario (ni volverá a serlo), y se le asociará, a partir de entonces, de manera indisoluble con Huerta, pese a las diferencias con el personaje visibles en su *Diario*. Sus reticencias no fueron conocidas sino hasta que se publicó el volumen correspondiente, en 1920; pero incluso después de ello, quedaron opa-

cadadas por el hecho incontestable de haber aceptado ser parte del gabinete de uno de los principales villanos de la historia mexicana en el siglo xx. Huerta, además, hay que mencionarlo, persiguió y hostigó a Gamboa a partir del momento en que éste renunció a la cancillería y se lanzó a la carrera presidencial. Uno de los académicos en el *Homenaje* narra un pasaje en el que Huerta promete aceptar el resultado de las elecciones, salvo si Gamboa resultara ganador.<sup>32</sup> Tal vez, en su fuero interno, Gamboa se arrepintiera de haber cedido a la vanidad de ocupar el ministerio de relaciones exteriores con alguien como Huerta, a quien no parecía tenerle ni aprecio ni confianza. Nunca llega a aceptar públicamente que fue un error —al menos en lo que se conserva del *Diario*—. De hecho, dice lo contrario. Poco antes de salir hacia Galveston, escribe que le gustaría encarar a los “revolucionarios” y preguntarles: “¿Qué le he hecho a usted? ¿Qué puede usted reprocharme en mi vida pública? ¿Qué delito he cometido nunca? ¿Por qué ese odio que cintila en las pupilas de usted?” (18 de septiembre de 1914, vi: 179). Los muy largos veinticinco años que le quedan de vida (muere en 1939), cargará con ese estigma. A su participación en el gabinete maldito hay que añadir, desde luego, su visible pertenencia al régimen porfirista.<sup>33</sup> Nunca ocultó sus ideas ni su fidelidad a Díaz. La Revolución mexicana, es sabido, en su proceso de institucionalización llevó a cabo una satanización sin matices al régimen porfirista. Gamboa portó, pues, una doble mancha, imborrable.<sup>34</sup> El novelista vivió 74 años, es decir, no fue particularmente longevo, pero los cambios que experimentó tanto él como México fueron enormes. En 1864, el año del nacimiento del autor, es el mismo en que Maximiliano

---

<sup>32</sup> Dice Fernández MacGregor: “el mismo general Huerta reunió a los diferentes candidatos (forzados muchos de ellos), que habían de contender en las próximas elecciones, para que hicieran pacto de acatar sus resultados; pero dirigiéndose a Gamboa, le dijo: —Eso no reza, por mi parte, respecto a usted; yo soy liberal, y no sufriré que el Gobierno caiga en manos de los católicos—” (105).

<sup>33</sup> Y en este sentido se distingue de alguien como Tablada, quien fue porfirista, huerista, carrancista, vasconcelista..., una veleta que se movía para donde soplara el viento. Mientras Gamboa pasaba penurias en La Habana, Tablada pasa por ahí camino a Quito —después de haber logrado rehacer de alguna manera su carrera diplomática.

<sup>34</sup> También el general Manuel Gamboa, padre del escritor, sufrió el ostracismo político por haber participado en el imperio de Maximiliano. Ciertamente, el convulso siglo xix en México obligó a varios personajes a asociarse con distintas causas y gobiernos, para verse luego marginados, cuando las circunstancias variaban 180 grados. Padre e hijo se vieron en casos similares.

llega al país (junio); el académico muere al año siguiente (1939) de la expropiación del petróleo, llevada a cabo por Lázaro Cárdenas. Del gobierno de un emperador extranjero al de un presidente nacionalista.

A partir de su salida al exilio no sólo cayó en el ostracismo político, sino que, ya de vuelta en el país, tuvo que enfrentarse a distintos obstáculos. Recordemos el largo y tortuoso proceso para que se le otorgara la pensión por su carrera diplomática.<sup>35</sup> Después de muchos años de insistir, recibe una pensión magra (no dice de cuánto) por sus 25 años de diplomático (1889-1915). Las largas, las negativas para dársela, obedecieron a motivos claramente políticos.<sup>36</sup> Otro incidente ocurrió el 31 de octubre de 1925, cuando Isidro Fabela lo acusó de traidor, dando a conocer una supuesta carta de Gamboa a Fletcher, fechada en Nueva York, en octubre de 1918 —cuando el exdiplomático estaba en Cuba—. El intento no prosperó, pero sí da cuenta de los golpes bajos que le asestaron. La idea de acusarlo partió, según se enteró Gamboa, de la propia Secretaría de Relaciones Exteriores, entonces encabezada por Aarón Sáenz. El novelista ciertamente se reconocía y asumía como ‘reaccionario’<sup>37</sup> y como porfirista, pero no parece haber participado en planes con políticos estadounidenses en contra de México. De hecho, si en algo fue consistente, fue en su animadversión hacia la política expansionista e ingerencista de Estados Unidos hacia México durante el periodo que a él le tocó vivir, e incluso a su padre, quien participó militarmente en contra de aquel país entre 1846 y 1848 —aunque después haya formado parte del gobierno imperial.

<sup>35</sup> En el *Homenaje* Carreño dice que nunca se la dieron (113), pero el propio Gamboa dice en su diario que sí: menciona que cobra la quincena del 16 de marzo de 1931: “me sabe a gloria, no obstante su injuriosa pequeñez” (VIII: 253). Gamboa comenzó a tramitarla después del fracaso de su candidatura presidencial. Casi de inmediato, Huerta se la niega (20 nov. 1914, VI: 195); es decir, le llevó 17 años obtenerla.

<sup>36</sup> El 2 de enero de 1930 escribe: “En la Secretaría de Hacienda, al oscurecer. Allí me aseguran confidencialmente que Montes de Oca resolvió no concederme ni un centavo de pensión, ya de suyo hartó mezquina, que me garantiza la ley de la materia, porque ‘yo fui un servidor prominente de gobiernos reaccionarios, y no quiere que los políticos se le vayan encima’ (sic)” (VII: 233). El 31 de enero de 1930 anota la confirmación de lo anterior: “Al entrar al Correo diéronme la increíble noticia: que Montes de Oca resolvió (?) [sic] contestarme que se me deniegue mi pensión ‘por reaccionario’ (!). Ahogado por la indignación, voy y me siento en un banco de la Alameda hasta muy cerca de las dos de la tarde” (VIII: 235).

<sup>37</sup> El 13 de diciembre de 1914, al regresar a México, exclama: “—¡Vuelvo de reaccionario!” (VI: 633).

A partir de su exilio en Cuba (cinco años) y, en realidad, el resto de su vida, su situación económica será más bien precaria. (Los comentarios sobre su honradez, al igual que sobre la de su padre, son unánimes.) Escribe diversos artículos para diarios y revistas, da conferencias, da clases —aunque con interrupciones—, traduce, hace corrección de estilo, promueve reediciones de sus libros y puestas en escena de sus dramas. En los momentos más difíciles se ve obligado a vender algunos de los artículos que adquirió durante su estancia europea. Muy ocasionalmente, creo que sólo una vez, escribe algo un poco más largo, con más calma (la visita a un orfanato, en la que recupera un buen ritmo de narrador) —que incluso podría ser el bosquejo de una novela habanera, pero que sabe que nunca escribirá—. En este volumen consigna todos sus esfuerzos para ganarse el pan de cada día. Tiene un empleo en *La Reforma Social* que complementa con otros escritos, traducciones y la venta ocasional de algunos de sus libros. Fue una época difícil y triste: su hijo se enferma con cierta regularidad, su esposa tampoco goza de buena salud, él con sus neurastenias y ‘morbos’. Gamboa siempre lamentó que, debido a la penosa situación, su hijo se viera obligado a empezar a trabajar, sin haber llegado nunca a los estudios profesionales.<sup>38</sup>

Durante los cuatro primeros volúmenes del *Diario*,<sup>39</sup> Gamboa señala la ‘neurastenia’ que padece.<sup>40</sup> En los peores momentos habla del vértigo que lo asalta, incluso de un par de desmayos. (Uno de los episodios más graves, no es casual, ocurrió ya siendo subsecretario.) En el exilio cubano deja de usar el término neurastenia y empieza a hablar del ‘morbo’, sinónimo de enfermedad. En el volumen VI habla del ‘mal de Dickens’, que parece coincidir con una especie de *surmenage*, de oscilaciones de

<sup>38</sup> Menciono un paralelo familiar, ahora entre el propio Gamboa y su hijo: a la muerte de su padre, el escritor tuvo que interrumpir sus estudios profesionales para empezar a ganarse la vida. Miguel Gamboa tuvo que hacer lo propio en La Habana, ante la ‘muerte’ política del suyo.

<sup>39</sup> Gutiérrez asienta que durante su primera estancia en Guatemala pidió un mes de licencia por estar “delicadísimo de salud”. La licencia se extendió a tres meses, que le permitieron al joven diplomático volver a México (74).

<sup>40</sup> Este fue un término utilizado en la psiquiatría estadounidense del siglo XIX por George Beard; fue incluso usado por Freud —aunque el vienesés luego la reubicó entre las neurosis. Hoy en día coincide en lo general con el síndrome de fatiga crónica: dolores musculares, en la espalda, a veces vértigo, falta de concentración, algo de ansiedad, irritabilidad.

ánimo entre la depresión y un exceso de energía. Curiosamente, en el último volumen parece ser menos enfermizo que antes —o al menos no lo menciona con tanta frecuencia como en otros momentos (Guatemala, Washington, Cuba).

No le gusta el número 13, ni los bichos, pero siempre apreció a los perros y tuvo varios a lo largo de su vida (Gaucho, Hamlet, Jack, Potomac...). Confiesa algunas de sus debilidades humanas: sus enfermedades (posiblemente nerviosas), su vanidad, los episodios en los que se conmueve —todavía participaba en alguna medida de la sensibilidad romántica que permitía a los hombres llorar abiertamente, casi sin pudor ni recato—. Le asustan los temblores: todos los que experimentó en la ciudad de México quedaron registrados, al igual que uno fuerte en Guatemala. El box le parecía un deporte salvaje, al igual que los toros y la lucha libre.

Gamboa llevó, tanto dentro como fuera de su vida diplomática, una intensa vida social. Hay numerosas entradas en las que menciona comidas, cenas, meriendas. Con frecuencia se le pedían discursos, o que ocupara un lugar en las mesas de honor de algunos eventos formales. También fue un asiduo asistente al teatro —y a la iglesia!—, ya fuera el más formal o el de revista. Tenía una relación cercana con actrices, productores, autores: recordemos que escribió algunos dramas que, según su decir, gozaron de cierto éxito, tanto en México como en el extranjero (Hispanoamérica sobre todo).

Una modalidad usual dentro de los diarios es la de los relatos de viajes. Ahí se registran los sitios visitados, la información que se adquiere, las impresiones que se experimentan. Dado el trabajo diplomático de Gamboa, no asombra que en su diario los periplos ocupen un amplio espacio. Se siente a gusto de viaje, sobre todo en los primeros años del texto —pese a las inconveniencias usuales a la vuelta del siglo XIX en zonas como la centroamericana—. El diario comienza en Buenos Aires: recordemos que para viajar a esa ciudad en esa época era menester hacerlo vía Europa; para ir a Guatemala había que tomar un barco en San Francisco. Si bien las narraciones de los viajes de Gamboa son fluidas y se leen bien, durante su residencia en Bélgica el tono se acerca peligrosamente al de una guía turística.<sup>41</sup>

---

<sup>41</sup> Durante la estancia bonaerense no parece trabajar gran cosa, o al menos no habla de ello. El diario está lleno de comidas, de reuniones con los literatos importantes de ese momento.

El propio atildado caballero porfiriano se encargó de informarnos en *Impresiones y recuerdos*, al igual que algunos contemporáneos, que vivió una juventud un tanto disipada.<sup>42</sup> Siempre se sintió fascinado por las mujeres. En la dedicatoria del *Diario* a su hijo confiesa:

Observador por instinto, precoz por latino y amoroso por dicha mía, ahí me tienes mordiendo a plena boca, a destiempo, en Cosmópolis tan corrompida e inmoral, todos los frutos del Árbol de la Vida; encaramándome en todas sus ramas; ajando todas sus hojas; gustando de sus frutos en sazón y de sus frutos en flor aún, los permitidos y los prohibidos ¡todos!... (4).

Ya dentro del texto escribe que siente una “idolatría ciega” por ellas (I: 25). Siempre puso atención a las que le parecían atractivas y así lo menciona. Confiesa que coquetea con una mujer durante una serenata en Costa Rica (II: 108). En Barcelona describe a una jovencita que atiende el guardarropa (V: 208).<sup>43</sup> Rumbo a Amberes en tren se recrea la vista con una seductora mujer (V: 256).<sup>44</sup> En Cuba admira a las nativas aunque le parecen ruidosas (VI: 266).<sup>45</sup> Viudo, le presentan a una joven y atractiva mujer (25 sept. 1921) en el mismo estado civil que él: se siente tentado, pero ya no cede —o si lo hizo, no lo consigna por escrito—. Ya en una edad más que madura, al cumplir 70, entre los obsequios recibidos está el de una calandria en una pequeña jaula, acompañada de la nota de una misteriosa mujer que no se da a conocer y se dirige a él familiarmente como ‘Federico’. Simbólicamente, el pájaro se escapa al intentar cambiar al ave a una jaula de mayor tamaño (VII: 310). Además de la fuerte atracción que sintió hacia las mujeres, también fue presa, en alguna etapa de su vida, de la adicción al juego.<sup>46</sup>

<sup>42</sup> En *La feria de la vida* escribe Tablada: “¡Cuánta anécdota regocijada evocaría si no temiera alarmar la quieta y católica filosofía donde mi querido y admirado amigo arremansa hoy su vida!” (146).

<sup>43</sup> “Delicioso detalle de enternecedora coquetería femenina el que involuntariamente sorprendí: linda obrerita, dentro de un guardarropa de mujeres, prendía con mucho esmero entre las dos crenchas de su cabellera de azabache, mirándose frente a un pedazo de espejo roto que le cabía en la mano, una medio mustia rosa de invierno [...]”

<sup>44</sup> “Nos distrajo a todos, la presencia de linda criatura con aspecto de actriz y unos ‘bajos’ admirables que mostraba como quien no quiere la cosa”.

<sup>45</sup> “La belleza de las cubanas es alarmante y múltiple. ¡Mire usted qué mujeres bonitas! ¿Por qué, señor, hablarán alzando voz?”

<sup>46</sup> Sin pretender agotar todas las entradas, cito dos. El 1 de febrero de 1897: “¡En abrupta pugna con mi voluntad claudicante! No puedo dejar de hacer lo que no debiera

Don Federico siempre fue un porfiriano formal. Escribe a la Academia Española a propósito de la necesidad de agregar “insustituible” al diccionario, precisamente por serlo —un ligerísimo toque de humor—. Al recibir la respuesta anota en su diario que, de manera impropia, se le respondió a máquina (vi: 82). De la vieja escuela del siglo XIX: no le gustan los automóviles: le parece que no hay tiempo de apreciar el paisaje (14 nov. 1907, iii: 145) y porque le “dan en los nervios” (8 feb. 1915, vi: 215). En su estancia estadounidense se queja del mal trato que recibió de parte de un policía: Gamboa indicó que una máquina no funcionó adecuadamente y se quedó con su dinero. Un subalterno en la policía, al recibirlo, no se quitó el sombrero (iii: 266). En otro momento escribe que, durante un temblor en la ciudad de México, el zangoloteo lo obliga a salir de su casa sin abrigo y sin sombrero. Cuando algún periodista publica una nota positiva sobre él o alguno de sus escritos, siempre tiene el cuidado de enviar una nota de agradecimiento. En la época cardenista le escandaliza que el gobierno prohíba la “circulación postal de los ‘recordatorios’ de las misas de difuntos! [...]”, (19 feb. 1935, vii: 315). Como muchos de sus contemporáneos, fue sexista, clasista y homófobo.<sup>47</sup> Al inicio de sus pininos políticos, pronuncia un discurso en la Escuela Nacional Preparatoria el 29 de septiembre de 1898 sobre los indios, donde los considera una raza degenerada (ii: 47).<sup>48</sup> Como no tiene otra opción, se afilia al Sindicato de Autores, donde le disgusta que se refieran a él como “compañero Gamboa” (28 ago. 1923, viii: 128).

---

y a cierta hora, voy y hago, fatalmente, lo que de antemano sé que es indebido [...]”, (i: 12). Otra el 11 de abril de 1901: “No cede el mal. A cierta hora, no hay poder humano que me estorbe el ir y sentarme en el casino. Durante el día, hago la resolución de no flaquear, de apartarme de este hábito condenado que nunca padecía a extremo tan alarmante; y en cuanto cae la tarde, invento pretextos, esquivo compromisos, rehúso invitaciones, y me encamino al desplumadero [...]”, (iii: 43). A fines de ese mismo año dice identificarse con la pasión por el juego de Tolstoi (12 de diciembre de 1901, iii: 73).

<sup>47</sup> Su homofobia es patente durante la visita de Jacinto Benavente a México. Benavente nunca ocultó sus preferencias sexuales, e incluso las defendía públicamente. Gamboa asiste a una conferencia que el español da en nuestro país, sobre las mujeres en Shakespeare. Al salir, alguien le pide a don Federico su opinión, a lo que responde: “abominable”. Otra referencia: Pancho de Icaza lo lleva a un cabaret en París donde hay muchos homosexuales. Gamboa dice que están “enfermos” y, “quíerlanlo o no, hay que curarlos” (v: 45).

<sup>48</sup> Gamboa transcribe íntegro el discurso (ii: 46-52).

Federico Gamboa usa distintos registros en su diario: el de diplomático, el de caballero porfiriano, el de padre, el de hombre, el de literato. El registro que predomina es, creo, el de literato: es también, me parece, el que prefiere. Camino a México desde Buenos Aires en un hotel de Nantes asienta en 'ocupación': *homme de lettres* (t: 123). Y poco después hace un voto: "nunca abandonaré las letras, aunque tenga que volver a las galeras del periodismo" (t: 123). Lo logró sólo parcialmente. El final del siglo XIX y el principio del XX no fueron propicios para la profesionalización plena de los escritores, de modo que pudieran vivir exclusivamente de su trabajo. Como muchos dramaturgos de su tiempo, don Federico se quejaba con frecuencia de que se representaban sus obras sin recibir un solo centavo. Los contemporáneos de Gamboa se vieron obligados a vivir del diarismo (Tablada, Gutiérrez Nájera), de los trabajos en la diplomacia cuando les eran dables (Nervo), de un 'freelancismo' que les permitiera sobrevivir. Si bien las causas por las que un escritor lo es o deja de serlo son sumamente complejas y misteriosas, lo que sí se puede decir en el caso de Gamboa es que, mientras tuvo un trabajo fijo que le permitiera vivir, escribió. En cuanto éste desapareció —con la breve excepción de *El evangelista*—, también se apagó la pluma del novelista.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BAJTÍN, MIKHAIL. *Esthétique et théorie du roman* (1975). Trad. Daria Olivier. París: Gallimard, 1978.
- CARREÑO, ALBERTO MARÍA. "Federico Gamboa y la Sociedad de Geografía y Estadística" en *Homenaje a Federico Gamboa*. México: Academia Mexicana Correspondiente de la Española, 1940: 111-116.
- . "Federico Gamboa" en *Homenaje a Federico Gamboa*. México: Academia Mexicana Correspondiente de la Española, 1940: 3-25.
- Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*. III. (1930-1937). Serge Zaïtzeff (ed.). México: El Colegio Nacional, 1994.
- FERNÁNDEZ MACGREGOR, GENARO. "Don Federico Gamboa como diplomático" en *Homenaje a Federico Gamboa*. México: Academia Mexicana Correspondiente de la Española, 1940: 79-109.
- GAMBOA, FEDERICO. *Mi diario*. V. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- . *Mi diario*. I, II, III, IV, VI. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.

- GAMBOA, FEDERICO. *Mi diario*. VII. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.
- GUTIÉRREZ, HARIM B. *En el país de la tristeza. Las misiones diplomáticas de Federico Gamboa en Guatemala*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 2005.
- GONCOURT, EDMOND. *Journal. Memoires de la vie Littéraire*. París: R. Laffont, 2004 (col. Bouquins).
- LEJEUNE, PHILIPPE Y CATHERINE BOGAERT. *Le journal intime. Histoire et anthologie*. París: Textuel, 2006.
- MAC GREGOR, JOSEFINA. "Federico Gamboa" en coord. Patricia Galeana, *Cancilleres de México*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1992: 42-65.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO. "Introducción" a *Mi diario* de Federico Gamboa. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995: IX-XXX.
- . "Prólogo" en *Diario de Federico Gamboa, 1892-1939*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1977: 15-35.
- SIMONET-TENANT, FRANÇOISE. *Le journal intime*. París: Textuel, 2006.
- TABLADA, JOSÉ JUAN. *La feria de la vida*. (1937). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991.
- URIBE, ÁLVARO. *Recordatorio de Federico Gamboa*. México: Breve Fondo Editorial, 1999.
- VARIOS. *Homenaje a Federico Gamboa*. México: Academia Mexicana Correspondiente de la Española, 1940.
- <http://www.answers.com/topic/neurasthenia?cat=health&method=26&initiator=WANS>

FECHA DE RECEPCIÓN: 14 de noviembre de 2007

FECHA DE ACEPTACIÓN: 6 de marzo de 2008